



ANITA

Ana Ernestina Lucía Estela Albornoz Stevens, ése era su nombre completo, pero todos la conocíamos como Anita, nuestra querida Anita. Nació, según señala el Registro Civil, el 23 de agosto de 1916, aunque algunos tienen sospecha que su natalicio fue anterior.

Anita, siempre fue muy reservada respecto de su familia de origen, pero sí hablaba de su abuela materna quien la había criado, pues al parecer perdió a su madre a temprana edad.

Según lo que ella misma contó en una entrevista en El Mercurio de Valparaíso, ingresó a trabajar como “ayudante” de la secretaria del Colegio de Abogados de Valparaíso, en 1931 con solo 15 años, lugar desde el cual nunca más se fue.

Su figura era claramente reconocible en los pasillos del Palacio de los Tribunales: pequeñita, delgada y de pasitos cortos al andar, siempre muy amable, pero con mucho carácter.

Hay muchas historias que relatan la personalidad de Anita, como cuando retaba a señeros y distinguidos abogados cuando no se apuraban para llegar a alegar, o por no pagar oportunamente sus cuotas.

En esos tiempos sin más comunicación que una llamada telefónica, eran los ojos de los abogados del foro porteño, especialmente, respecto del anuncio; y todos recordamos sus llamadas a los colegas, cuando la escuchábamos alertarlos diciendo: “ya pues, véngase, que le va tocar alegar”.

Defensora de los abogados en su ejercicio, era capaz de hablar con el presidente de la sala con el objeto de que esperaran al colega que venía atrasado a alegar. Eran otros tiempos, donde el contacto personal era lo fundamental. Cómo no recordar el trato cordial y amable que tenía respecto de todos los abogados, fueran jóvenes o mayores, siempre con una sonrisa para cada uno de nosotros.

Anita forma parte de la historia de la segunda mitad del siglo XX de nuestro Colegio, constituyendo un ícono de nuestra centenaria institución. Ella era la dueña de nuestra casa. Y, sin duda alguna, una de las actividades que más le gustaba participar era la tradicional cena de gala en que se le rinde homenaje a nuestros colegas, si hasta una vez asistió escoltada por Carabineros de Chile. Ella era el alma de la fiesta, se paseaba por todas las mesas con su singular alegría.

Pero, más allá de su historia y de sus anécdotas, como hincha caturra que la hacía escribir con lápiz pasta de color verde, deberíamos preguntarnos qué hizo Anita para ocupar un lugar tan relevante para nosotros y para nuestro Colegio.

A mi modesto entender, creo que una sola cosa: “El Amor”. Ella amó al Colegio profundamente, transformándolo en su propia familia a falta de una sanguínea. Aquí encontró su lugar, su terruño. Aquí encontró a sus amigas y amigos. Aquí encontró a sus hermanos y hermanas. Aquí encontró a sus hijos y sobrinos. No fueron pocos los colegas que se encontraron tan íntimamente unidos a ella, que la invitaban a sus casas, a sus fiestas, a su familia. El Colegio era para ella todo. Y cuando ella ya no pudo entregar más de su labor, fue el Colegio quién fue en su búsqueda, y en este aspecto quiero hacer un reconocimiento a las expresiones de amor que tantos colegas le manifestaron en vida, no solo por el importante apoyo económico para tener una vejez digna, sino también, en sus visitas y compañía, especialmente, en el hogar donde con tanto cariño y respeto la cuidaron.

También quisiera agradecer a sus compañeras de trabajo, Gabriela, María y Jacqueline. Especial reconocimiento a Jacqueline, quien con esmero y gran cariño, se preocupó de su estado y cuidado, siendo fiel a ella hasta su muerte. Gracias Jacqueline por tu entrega y generosidad.

Amó y recibió el amor de todos y todas las Secretarias/os abogados que

pasaron en sus 84 años en aquella mesita pequeña donde se situaba, y todos los que de una u otra manera se vincularon con ella a través del Colegio.

Este amor trascendió incluso más allá de nuestro Colegio, como las múltiples muestras de cariños de parte de las señoras y señores Ministros de la Corte, de su funcionarios y de la Guardia de Gendarmería. Para ellos también van nuestros agradecimientos.

En estos tiempos difíciles, en que muchos hubieran querido acompañar físicamente a nuestra querida amiga en su último adiós y que no han podido producto de la pandemia, valoramos aún más tu entrega, querida Anita. Justamente, cuando nos damos cuenta de lo importante que son los vínculos, el contacto personal y el amor; tal como fue tu vida, una vida de entrega y compromiso para otros. El verdadero amor fluye como la gran fuerza que nos hace permanecer unidos pese al confinamiento y distancia. Gracias por enseñarnos a amar, gracias por tu cariño, entrega y dedicación. Gracias por todo y por tanto. Querida Anita, descansa en paz.

Alejandro Gómez Cortés
Presidente
Colegio de Abogados de Valparaíso A. G.